

**SESIÓN PÚBLICA EN
RECUERDO DEL FALLECIDO
ACADÉMICO DE NÚMERO
EXCMO. SR. D. JOAQUIN CARLOS
LÓPEZ LOZANO**

5 DE FEBRERO DE 1999

EN MEMORIA DE DON JOAQUÍN CARLOS LÓPEZ LOZANO (1913-1998)

Por JOSÉ F. ACEDO CASTILLA

I

Hace exactamente 85 días que se nos fue para siempre nuestro compañero Don Joaquín Carlos López Lozano, hombre sencillo, inteligente, culto, motivo por el cual esta Real Academia recordando una vieja y arraigada costumbre, nos reúne en la noche de hoy en torno a su memoria, que es como en adelante va a permanecer entre nosotros, cual estremecida flor del recuerdo emocionado.

Conocí hace ya muchos años (por el mes de Febrero de 1940) a Don Joaquín Carlos López Lozano, en casa de mi maestro Don Manuel Falconde, tío de su mujer, -la discreta y bondadosa Enriqueta Alonso de Caso-, al que visitaba con frecuencia, pues, sentía por él un gran respeto y admiración, aunque no estuvieran vinculados políticamente. Fue entonces cuando nació entre nosotros una buena amistad, basada sobre todo, en comunidad de afanes sevillistas, amistad que con el decurso del tiempo se hizo algo entrañable, en base a proyectos comunes y en aspiraciones que nos eran comunes también. Y es que nuestro compañero, rendía culto a la amistad por encima de todo. El “De Amiticia”, ciceroniano caló hondo en su sensibilidad. ¡Cuántos lograron muchas cosas gracias a este su modo de ser!.

Don Joaquín nace en Granada, la ciudad entoldada con leyendas moras -como decía Ganivet- en 1913, en una casa de la calle de Santa Escolástica, del barrio del Realejo. Siendo aún niño su familia se marchó a Jaén, donde trasladaron a su padre que era funcionario. Más tarde vuelven a trasladarlo, esta vez a Sevilla, la que todavía conserva el encanto de la metrópoli campera. Aquí donde llega aún con “calzón corto” es donde se forma y desarrolla todas sus inquietudes, con lo que quedó para siempre vinculado a esta Ciudad, a la que sirvió con dedicación plena y una eficacia verdaderamente encomiable.

Por los años 40, tras efectuar unos escauceos periodísticos en la Revista “Trofeo” y en la redacción deportiva de EAJ5 “Radio Sevilla”, -en la que popularizó el seudónimo de “Eldo” y el de “Jean Ecran” como crítico de cine-, al que era muy aficionado entonces-, ingresó como redactor Jefe en “El Correo de Andalucía”, Decano de la prensa católica -como se encabezaba entonces con gruesos caracteres-, bajo la dirección de Don José Montoto y González de la Hoyuela, amigo íntimo de Pemán, que anteriormente había sido miembro de la Asamblea Nacional de don Miguel Primo de Rivera y Director de “La Información de Cádiz”, el periódico de derechas de la “Tacita de Plata”.

En aquellas fechas, ni Don José, ni su redactor-jefe actuaban en política, limitándose a observar escrupulosamente los principios que animaron al Alzamiento Nacional del dieciocho de Julio. Pero un lance desagradable determinó la suspensión de empleo y sueldo en el periódico, del uno y del otro.

Sucedió que en la crónica que había hecho el redactor taurino “De la Vega” (Manuel Murga) de un Festival habido en la Maestranza a beneficio de los huérfanos de la Policía Armada, el cajista que estaba corrigiendo las líneas se equivocó, y entremetió una línea puramente taurina en el párrafo primero, en el que se anotaba que la Señora de Don Ramón Serrano Suñer -entonces Ministro del Interior y Secretario General del Movimiento- presidió el acto. Y allí fue Troya por el disparate de cuernos con que se adornó -según se leía-, a la buena de doña Zita, lo que determinó que de un plumazo el Director y el Redactor Jefe fueran fulminantemente suspendidos.

Aunque en Madrid, removieron Roma con Santiago, no hubo forma de que el entuerto se deshiciera. Entonces -en última instancia- acudieron al Cardenal Segura, en su carácter de Presidente nato de “Editorial Sevillana S.A.”, editora del Periódico. “El Cardenal”, se hizo cargo del asunto, despachando una carta a Madrid, pidiendo la reposición de los sancionados en un plazo perentorio. Añadía don Joaquín, -cuando contaba lo sucedido-, que en la expresada carta al Cardenal amenazaba con excomulgar a quienes fueran designados sucesores en la dirección y jefatura de redacción, así como a aquel que los nombrara. Yo no sé si hubo o no tal amenaza, pero lo cierto fue que lo que no pudieron las súplicas, un gesto de Don Pedro fue suficiente para que los destituidos, de forma rauda y veloz, retornaran al “Correo”.

Reintegrados en sus puestos, Joaquín Carlos se pasaba la vida en el periódico oyendo en la redacción “a aquellas radios que hablaban en idiomas extraños” como sarcásticamente decía Ramón Resa, un periodista navarro, Presidente a la sazón de la Asociación de la Prensa de Sevilla, y buen amigo mío a través también de su vinculación con Fal. Fruto de estas tareas, -en las que tuvo como “cirineo” al redactor Carlos Delgado que hablaba perfectamente inglés y que luego sería famoso en la sesión deportiva con el seudónimo de “Kriterion”-, fueron sus libros “El Este en llamas” y “¿Dónde va el mundo?” y sus crónicas de guerra que afamó con el sobrenombre de “Roberto de Arenzaga”, con lo que tanto confundió a las gentes que hacían apuestas por saber quien era el tal “Arenzaga”. Unos decían que era un militar, otros que un corresponsal extranjero o un político... Esta fama que adquirió como cronista de temas internacionales fue la que en 1944 le llevaron al ABC de Sevilla, bajo los auspicios de su entonces director Don Juan Carretero y Luca de Tena.

Desde ese año, figuraría en la nómina de ABC como “redactor-jefe”, hasta que a la muerte de Don Antonio Olmedo en 1962 lo nombraron Director, en cuyo puesto permaneció ininterrumpidamente durante quince años, es decir, hasta 1976 en que se produjo su jubilación. Dicho cargo lo simultaneó en la dirección de la revista “Campo”, fundada por él, y la que como su nombre indica era una publicación agropecuaria. El campo fue

otra de sus pasiones y motivo de sus luchas, aunque quizás una de sus facetas menos conocidas. Véase p.e. cuanto trabajó cerca del entonces Ministro de Educación Don Manuel Lora Tamayo, para traer al “Cortijo del Cuarto” la Escuela de Peritos Agrícolas de Sevilla.

II

A raíz del histórico “Acto de Estoril” de 20 de Diciembre de 1957, en el que Don Juan de Borbón de una manera pública y solemne, aceptó e hizo suyos los principios establecidos por Don Alfonso Carlos en su testamento como presupuestos indispensables para que la sucesión legítima de su dinastía, Don Juan reorganizó su Consejo Privado, nombrando presidente a Don José María Pemán, e incorporado al mismo a destacadas personalidades de pensamiento tradicional.

Este hecho pareció que en cierto modo iba a contribuir al deshielo de las relaciones, -entonces bastantes tensas- entre El Pardo y Estoril. En esta creencia algunos componentes de la “Comisión Permanente del Consejo”, en especial Florentino Pérez Embid y Gonzalo Fernández de la Mora animados tal vez, -según se dijo entonces- por el Profesor López Rodó, iniciaron conversaciones con los Directores Generales de Política Interior (Manuel Chacón Seco) y de Administración Local (José Luis Moris Marrodán), tendentes a considerar la conveniencia de colocar al frente de algunos Gobiernos Civiles, a personas que manteniendo su fidelidad inequívoca al espíritu del 18 de Julio, veían la culminación del mismo en la instauración de la Monarquía tradicional en la persona del Conde de Barcelona.

Lograda, si no la aprobación expresa del Ministro de la Gobernación -mediatizado en este punto por la Secretaría General- se consiguió que Don Camilo dejara al menos entornada, la puerta principal, con lo que el proyecto pudo ponerse en marcha nombrando a los fines expresados al escritor y periodista Santiago Galindo Herrero, Gobernador Civil de Tenerife y de Sevilla al Coronel del Cuerpo Jurídico de la Armada, Hermenegildo Altozano Moraleda, ensayo que levantó entonces una gran expectación al ser los dos primeros gobernadores civiles que juraron el cargo sin ponerse “la camisa azul”.

Altozano, que desde el primer momento, contó con la colaboración personal de López Lozano, y el apoyo del periódico que dirigía, le confió la Presidencia a la Diputación Provincial de Sevilla, pues si bien no había ejercido nunca militancia política alguna -aunque como es lógico tenía sus ideas y de talante liberal por cierto-, conocía perfectamente los problemas de la mayor parte de los pueblos de la provincia y de la medidas que se precisaban para lograr la solución de los mismos.

Pero el proyecto en cuestión, dada la impaciencia de los unos y el inmovilismo de los otros, y por supuesto, la oposición cerrada de la Secretaría General, hizo que la idea se desvaneciera, que no siguiera adelante. Ante ello Don Joaquín, como no era político ni tenía madera de político, pese a su buen hacer al frente de la Diputación, de lo que fue muestra por ejemplo su especial atención al Manicomio, la instalación de líneas telefónicas en los pueblos que aún no las tenían, entre otras muchas cosas, entendió que en aquellas circunstancias no tenía nada que hacer, razón por la cual dimitió del cargo, para dedicarse a lo suyo, es decir, a la dirección del ABC de Sevilla, al que elevó a unas cotas no alcanzadas hasta entonces, como nos recordaba hace unos días su discípulo y sucesor en la dirección Nicolás Salas -en la "Tribuna Abierta" del 20 de noviembre último-, logrando -según escribe- "la regionalización del periódico, creando ediciones especiales monográficas, fomentando el periodismo de documentación sobre temas locales y regionales e iniciando las páginas socioeconómicas".

Como era de esperar, los servicios prestados en uno o en otro sentido a las diversas ramas de la Administración, le fueron reconocidos y premiados. Así, su Excelencia, el Jefe del Estado Español, le otorgó la Gran Cruz del Mérito Civil, la Cruz de Honor de San Raimundo de Peñafior, la Encomienda de número de Alfonso X el Sabio y la Cruz del Mérito Militar.

También fue distinguido por gobiernos extranjeros, con la Encomienda de la Orden de Vasco Núñez de Balboa, la de la Orden de la Corona de Thailandia, y la de "Ciudadano de Honor", con entrega de la Llave de Oro, de la ciudad de Nueva Orleans.

III

Decía Goethe que “hay una clase de hombres que están llamados a realizar una determinada misión”, y efectivamente, en nuestro caso, desde julio de 1964 a mayo de 1971, a don Joaquín López Lozano le correspondió nada menos que la tarea de poner a flote el Ateneo “nervio y corazón de la ciudad”, como gustaba llamarle, que pese a haber sido durante cerca de un siglo el “cerebro del poeta, del narrador y del artista sevillano”, a causa de la angustiosa situación económica por la que atravesaba, técnicamente estaba en trance de disolución.

Al ser elegido Presidente en la Asamblea General de Socios, celebrada al terminar el mandato de Don Antonio Marra y López de Argamasilla, en el solemne acto de su toma de posesión se enfrenta ya abiertamente al acuciante problema de la entidad, y si bien manifiesta que no es ningún “taumaturgo” que “no trae más bagaje que su amor a la casa”, comienza lanzando un llamamiento a la ciudad aduciendo fundamentalmente que “si el Ateneo ofrece anualmente a Sevilla la fiesta de la ilusión, el Ateneo debe ser también la permanente obsesión de Sevilla”.

Su programa con el que pretendía conjugar “Tradición y dinamismo”, sin doblegarse a política ni grupo alguno, en apretada síntesis podía reducirse a tres puntos fundamentales: sanear la hacienda ateneísta; hacer del Ateneo una entidad cultural de primera magnitud y prestar una atención especial a la cabalgata de Reyes Magos, ya que ella representa -en su sentir- “la más sublime y entrañable expresión caritativa del espíritu sevillano”.

Todos estos proyectos -y ello, dado el cargo que ostentaba en la Directiva, lo puedo afirmar con razón de ciencia- se vieron realizados a costa de mil esfuerzos, alcanzándose junto con otros logros como fue por ejemplo, la Creación del Premio Ateneo de Sevilla que patrocinado hasta hace pocos años por Editorial Planeta, adquirió categoría nacional, la concesión a la Entidad de la Medalla de Oro de la Ciudad por el Ayuntamiento que presidía a la sazón don Félix Moreno de la Cova, y la de Bronce al Secretario de la misma don José García Díaz, un hombre que entregó su vida al Ateneo, a la Cabalgata y en suma a los niños de Sevilla.